

No hay palabra más pura, que la de un niño en su inocencia. Hace ya muchas primaveras, ocupé el papel de ese niño que, de la mano de su padre, iniciaba su camino en el infinito sendero del amor universitario.

Inocentemente preguntaba: Papá; ¿Cómo vamos a llamar a nuestro Cristo como el de la Buena Muerte? ¿Acaso la muerte puede ser buena? Es más, ¿Cómo va a estar presente en nuestras vidas este Cristo, si es un Cristo muerto? Mi padre hizo el intento de explicarlo, pero fuiste tú mismo quien me lo demostraste.

Señor, si estás muerto, ¿cómo has hecho que llegue hasta tí?
Si descansas en la cruz, ¿Cómo todo lo puedes?

No hizo falta mucho tiempo para que fueses dándome la respuesta. Me fui dando cuenta día a día. Estás en mí, aunque me costaba verlo. Estás en la capilla, sí, ¿Pero cómo es posible que guíes mi vida? Poco a poco me aclaraste las ideas. Estabas en cada mañana de camino al colegio de la mano de mi madre, en cada mañana camino al instituto charlando con mi hermana, y estás en cada mañana en la soledad de mi trayecto hasta la docencia universitaria. Estás, siempre estás. Estás en la providencia, esa que me hizo llegar hasta mis amigos. Estás en ese pilar en el que me apoyé para acercarme más a la hermandad hace ya varios años. Estás en las personas que me has regalado, en mi grupo joven. Estás en cada detalle, Señor. Y cuando más falta haces, nos recuerdas que eres el cómo, el quién y el porqué. Porque tú, todo lo puedes.

Es posible, que alguno de ustedes se encuentre anclado en el pensamiento de ese niño, tal y como yo lo hice. Si no encuentras la respuesta en la cara de este Cristo al que piensas muerto, simplemente espera. Espera tan solo un mes, el mes que nos separa del regalo de la salvación. Porque Cristo estando muerto, viene a vivir a Sevilla, y le basta una semana.

Tal como la oveja que se aleja del rebaño, eres el pastor que devuelve mi río a su cauce. Cuando me titubea, haces de sustento para que no se quebrante. Así lo hiciste cuando más te necesitaba. En aquellos días, cuando se acercaba la hora de tomar una de las decisiones más importantes de mi vida, te preguntaba; Señor, ¿Cuál es mi deber en este mundo que nos regalas? ¿Cómo puede mi humilde persona devolverte todo lo que nos das? En medio de esas dudas y tinieblas, me respondiste de la manera más clara y posible; estoy. Estoy cerca, en el Santísimo Sacramento del Altar. Y fue en ese momento en el que me hiciste darme cuenta que la función que me encomiendas es vestirme de Apostol Evangelista para proclamar tu grandeza, por medio del periodismo.

Quiero contarles que eres todo, La inmensidad en la pequeñez. La luz en la oscuridad. La capacidad de abarcar el abismo de la humanidad, tan sólo con tus brazos abiertos. En la capilla universitaria me hiciste encontrar un refugio, un camino para seguir encontrándote y conociéndote a través de un grupo de personas que pusiste en mi vida para mostrarme la grandeza de tu obra. De la misma manera, supe ver a tu madre con los mismos ojos que mi padre la vió a la misma edad que hoy tengo. Ella, es el faro que alumbra el sendero de mi caminar en la fe. Porque, aunque Angustia le entrase, toda se colmase con tu resurrección.

Si pecador es el hombre, pecadora es su palabra. El egoísmo puede dejarse ver en mí, pero no quiero dejar pasar la ocasión, sin volver a pedirte. Señor, haz que siga en el sendero que me marcas, y haz tuyas mis palabras para que en este mundo, carente de fe y amor, sea mi voz y la de todos los jóvenes la que proclame que eres el punto de partida y el puerto final de nuestras vidas. Que seamos siempre sal en la tierra, y luz del mundo.

Gracias, Cristo de la Buena Muerte. Por hacerme ser quien soy, un hijo tuyo que no es consciente de todo lo que nos regalas día a día, por lo que solo puedo darte gracias.

Gracias por perdonar, por tomarnos como a hijos aunque te demos la espalda.

Gracias por ser la razón de mi fe, y el sustento de mi vida. Por cada muestra de amor a tus hijos universitarios.

Gracias por cada tarde de estudio. Porque aunque no seamos conscientes de ello, es un regalo que no toda generación pudo gozar.

Gracias por cada uno de los momentos vividos en el seno de la hermandad.

Gracias por poner tu verdad en mi boca, y que por medio de mi palabra pueda expresarle al mundo la infinidad de tu amor, pues no hay nada más grande que proclamar tu buena noticia.

Gracias por hacerle ver a ese niño que tu muerte no existe, ya que vence y habita entre nosotros.

Gracias Señor, por mostrarme mi vocación y poder afirmar para el resto de mis días, que la fe en Cristo resucitado, es un camino de toda la vida.

Que así sea.